



FUNDACIÓN
jaime alonso abruña

CUENTO

surf
en el cielo





“surf en el cielo”

Hoy, en la orilla de Playa Cúmulos, varios ángeles pequeños están reunidos para su baño de nubes matinal. Los ángeles no son como las personas, claro está. El que es pequeño, lo seguirá siendo por toda la eternidad. Dios les creó así y así los quiere: pequeños, gorditos y con una risa campanillera que se contagia como la gripe. Es cierto que también creó ángeles grandes y solemnes, magníficos y muy formales, perfectos para las ocasiones especiales, pero se ríen menos.

El jaleo que forman los angelillos se puede oír a varios planetas de distancia, y raro será que san Miguel no venga a llamarles la atención, pero no parece importarles. ¡Hoy es un día especial! El Señor se lo ha prometido y Él siempre cumple. Hace pocos días, subió al Cielo un niño nuevo. El Señor llevaba semanas esperándole y, si no fuera porque es Dios, se podría decir que estaba casi impaciente. Pero Jaime –que así se llama el niño–, había pedido un poco más de tiempo en la Tierra: quería ver el mar asturiano y pasar por clase a despedirse de sus compañeros. Pero sobre todo, quería estar seguro de que sus padres y sus hermanos no se quedarían tristes. Las despedidas, aunque sólo sean por unos años, siempre lo son y Jaime lo sabía, pero confiaba en acabar de arreglarlo desde el Cielo.

Durante ese tiempo, el Señor estuvo muy atareado preparándolo todo para su llegada: a san Juanpablo le encargó que crease una gran estación de esquí, donde nunca hiciera falta coger un remonte y sin árboles que molestasen. El santo era un verdadero experto en la materia, así que el Señor quedó tranquilo. A santa Roda y a san Miento, les pidió que preparasen una pista de skate gigante, con tuberías, barandillas, escaleras y todo tipo de ejercicios arriesgados. Ventajas del Cielo, ya se sabe: no te puedes caer ni hacer daño jamás. Pero el Gran Proyecto, la verdadera sorpresa para Jaime, aquello que revolucionaría el Paraíso, Dios lo quería hacer en persona.

Primero buscó el Señor una zona del Cielo especialmente soleada y plana. Tras dudar entre varias, eligió una gran pradera de nubes bajitas que no levantaban ni un palmo del suelo. Entonces, como quien da una pincelada, hizo un gesto con su mano y la pradera se coloreó de un azul brillante, limpio y oscuro. Luego, como quien echa un pellizco de sal a la olla, esparció por toda su superficie un profundo aroma a salitre, profundidad y vida. Por último, como quien acaricia a un caballo, movió la palma de su mano sobre aquella llanura azul que se empezó a ondular suavemente.

- Ahora, el toque final –pensó el Señor chasqueando los dedos. En ese momento, las suaves ondas se encresparon y comenzaron a transformarse en olas gigantes sin que existiera

tormenta alguna. Era extraño observar aquellos rizos tan grandes formando túneles perfectos que rodaban hasta la playa de cúmulos.

- Creo que está bastante conseguido, -se dijo el Señor. Y se volvió a su trono.

Desde allí podía dar la mano a Jaime, que permanecía acostado tras su vuelta de Asturias. A Dios le hubiera gustado sentarse en la cama, pero allí no cabía un alma: Patricia y Jesús, Daniel, Alejandra, Mariana, todos los ángeles custodios de la casa, -incluido el de Pablo que había venido volando desde Bruselas,... Con eso y con todo, el Señor habría conseguido hacerse un hueco, pero el otro lado de la cama lo ocupaba por completo la Santísima Virgen, que no paraba de susurrar oraciones y pensamientos alegres en el oído de Jaime. Llevaba meses sin apartarse de su lado.

Dios mira siempre a nuestras almas como el jardinero experto que cultiva una rosa especialísima: la riega con su Gracia, la abona con su Pasión, y espera ilusionado el momento de su máximo esplendor para cortarla. Ese momento llegó para Jaime la noche del jueves 21 de enero. En el Cielo se llama a éste día con su nombre latino "dies natalis". El día del nacimiento a la vida con Dios. El 21 de enero la iglesia celebra a santa Inés, una jovencita romana... ¡patrona de los jardineros!

Muy despacio, el Señor bajó a la habitación de Jaime y agachándose, cogió su alma en Sus brazos. Despacito, le sopló en los ojos y le dijo con todo su Amor:

- Despierta, hijo mío. ¡Tengo mucho que enseñarte!

Y exhalando un aliento de paz y esperanza sobre el resto de la familia, se subió a Jaime al Cielo.

Una vez allí, el Señor estaba deseoso de mostrar a Jaime todas las maravillas de su Reino, empezando, como es lógico, por la más grande de todas: su Madre. Aquí fue donde más se entretuvieron. Jaime no podía dejar de dar besos a Santa María, mientras le contaba todos los encargos –propios y ajenos que había traído de la Tierra: no abandones nunca a mamá y papá, cuida de mis hermanos, atiende a mis abuelos, diles a todos que no estén tristes, que este es el mejor sitio del mundo para esperarles,...

El Señor tiraba suavemente de la mano del muchacho.

- Luego seguirás con tu Madre. Ahora ven conmigo, tengo muchas sorpresas para ti.

Jaime, volviendo la cara hacia Dios, suplicó con gesto implorante.

- ¡Que me de lo más importante!

En un segundo se había encaramado al regazo de María y le decía algo al oído. Yo estaba muy cerca en ese momento pero

sólo pude escuchar una palabra con claridad entre tanto bisbiseo: “bss...bss...Pablo...bss”.

Entonces, Santa María sonrió, cogió en volandas a Jaime y asintiendo con la cabeza le dejó en el suelo junto al Señor.

De la mano de Dios, Jaime fue visitando las distintas estancias del Paraíso: las enormes praderas donde el sol se recuesta, las montañas altísimas a las que se puede subir sin sentir cansancio, los coros de ángeles que nunca repiten una melodía...

Así llegaron hasta un gran telón verde. Delante se encontraba un anciano de pelo blanco con pinta de estar bastante en forma. Sus ojos apretados y su sonrisa transmitían felicidad y vestía como un montañero de los años 50. Haciendo una reverencia ante el Señor, guiñó un ojo a Jaime y tiró de un cordón que hizo caer el telón.

- ¡Guau! -exclamó Jaime-. ¡Vaya estación de esquí! ¡Y cuántos niños! Señor, ¿me puedo quedar un ratito? ¡Hace un montón que no me calzo unos esquí!

Dios le respondió cogiéndole de nuevo la mano.

- Podrás quedarte todo lo que quieras, aquí a nadie le falta el tiempo.

Pero antes, tengo otras sorpresas para ti. Ven conmigo.

Siguieron caminando hasta que toparon con una gigantesca puerta de madera. El Señor hizo un gesto con la mano y ésta se abrió suavemente y sin chirriar.

- ¡Requeteguau! -soltó Jaime. Ante él se extendía una enorme pista de skate con todo lo necesario para pasar horas haciendo el cabra. A la entrada se podía ver una enorme colección de tablas decoradas con mil pegatinas que esperaban que alguien las probase.

-¡Solo un ratito, Señor! -suplicó Jaime otra vez, pero Dios parecía distraído viendo a santa Roda y a san Miento efectuar unos saltos complicadísimos.

- Solo me queda una cosa que mostrarte. El resto lo irás conociendo durante la Eternidad.

Llevaban caminando un buen rato por entre manzanos, nogales y castaños. A lo lejos, una gran mancha azul llenaba el horizonte. El Señor habló a Jaime:

- Hijo mío, tú no has sabido hasta ahora lo mucho que te he querido. Antes de crear la Tierra o el Cielo, yo ya te esperaba impaciente, pues ibas a ser uno de mis elegidos. Supe desde el principio –y en mi caso, eso es decir mucho- que serías capaz de ayudar a mi hijo Jesús a llevar la cruz camino del Calvario. ¡Cómo te lo agradecí desde siglos antes de que nacieras! Es verdad que

contaba con la ayuda de tus padres y con su generosidad. A ellos también les esperaba con mucha ilusión, pues les iba a pedir un sacrificio que muy pocos son capaces de sobrellevar sin perder la confianza en mí. Ellos lo han hecho, y los frutos de ese amor tan grande perdurarán por los siglos. Ya los irás viendo. En cuanto a tus hermanos, tus abuelos, tus tíos, tus amigos... Cada uno lleva un pedazo de mi corazón en su alma, por el bien que han hecho durante tu enfermedad y el que siguen haciendo.

Hubo sólo un momento, la pasada primavera, en que estuviste cerca de hacerme llorar. Sabía con qué ilusión habías preparado el momento de recibir mi Cuerpo y mi Sangre. También sabía la emoción que compartías con todos tus compañeros ante esa fecha. Al final, preparé nuestro encuentro para que fuese perfecto, íntimo, en el hospital. ¿Recuerdas? Sé que sí. Sin embargo, aquel día me hice una promesa: el día que llegaras al Cielo, yo mismo te prepararía algo especial, algo que te gustara de verdad y nos quitara el mal sabor de boca de los días de cama en la clínica. Ahora voy a enseñártelo.

Habían alcanzado la gran mancha azul, que resultó ser una cortina de nubes que se alzaban hasta al infinito. El Señor sopló con fuerza hasta hacerlas desaparecer y Jaime, por primera vez desde su llegada al Cielo, se quedó sin palabras. ¡Allí estaba su playa, la de Salinas! Podía ver la Peñona a la izquierda, lejos, donde acababa la arena. También el faro de San Juan, separando



“Gracias por todo lo que habéis rezado por mí, ahora yo os cuidaré desde el cielo”

con su barra la ría de la playa. Y las enormes olas, y toda la arena, y... Lo que no había eran casas. Todo era mar, playa y campo.

Un grupo de cinco personajes bajitos braceaban mar adentro tumbados en sus tablas de surf. Iban vestidos con extraños neoprenos que dejaban asomar sus alas por la espalda. A pesar de que el mar estaba perfecto para practicar, los cinco ángeles no conseguían ponerse de pie en las tablas ni una sola vez. A Jaime le entraba la risa.

- Pero Señor... ¿es que no lo saben hacer mejor? ¡Son unos mantas!

Dios parecía haber estado esperando estas palabras. Con una sonrisa que casi apaga el Sol le dijo a Jaime.

- ¡Tal vez lleven siglos esperando que llegue un monitor de su tamaño!

– PRINCIPIO –

Con todo mi cariño
Gonzalo Romero



Adolfo Pérez Esquivel, 3 - Oficina 22
28232 Las Rozas-Madrid / España
Tfno. +34 917 766 595 / Fax. +34 917 766 511

Avda. Conde de Guadalhorce, 57-59
33401 Avilés-Asturias / España
Tfno. +34 985 560 090 / Fax. +34 985 567 285



FUNDACIÓN
jaime alonso abruña

www.fjaa.es • info@fjaa.es

